

¿Acto poético?

ROBERTO BURGOS CANTOR*

Universidad Nacional de Colombia, sede Bogotá

¿Acto poético?

Resumen

Este texto poético sobre el acto poético indaga sobre las nociones que los mismos poetas o movimientos poéticos tienen sobre su producción, y conjetura si es posible la poesía fuera del poema.

Palabras clave: poesía, realidad, escritura, lectura, instante.

Poetic act?

Abstract

This poetic text on poetic act questions the notions that both poets themselves and poetic movements have about their creations, and it inquires if poetry is possible outside the poem.

Keywords: poetry, reality, writing, reading, instant.

Acte poétique?

Résumé

Texte poétique sur l'acte poétique pour s'enquérir sur les notions qu'ont les poètes mêmes ou les mouvements poétiques sur sa production et pour conjecturer si la poésie est possible hors poème.

Mots-clés: poésie, réalité, écriture, lecture, instant.



* e-mail: rburgosc@etb.net.co

Es probable que una meditación sobre el acto poético suponga enseguida que él puede tener un escenario distinto al del poema. Como si su determinación no dependiera de una forma específica sino que apropiara territorios donde su posibilidad puede surgir y ser irrepetible.

El poema es único. Su composición, arquitectura o revelación remiten a una instancia que no es fácil retomar, cuando no imposible. Su lectura sí invoca su virtud secreta, la cual cada vez puede ser distinta, inesperada, sugerir relaciones nuevas o fundarlas.

Esa distancia y diferencia entre la génesis del poema como espacio propio de aparición de la poesía, y la lectura del mismo como ritual de demostración de una permanencia que tocada reinventa su origen, muestra destellos de inmortalidad; constituye quizás una tensión que permite examinar su misterio.

Entre la operación, diferente a la sola escritura —está más allá— de la cual surge el poema, y su lectura —también distinta a la sola lectura, y que pone a prueba su duración— existe un puente. Él está dado por el designio del poeta: “Poeta, no cantes a la lluvia, haz llover”. Si el poeta logra el designio ordenado por Huidobro, él será el primer testigo de su poder. Quedará empapado. Después el lector recibirá ese acto solitario, a lo mejor en intimidad, rompiendo la resistencia del silencio para dejar salir los sonidos. Pero cómo percibe esa lluvia el lector es otro asunto.

Lo anterior está sujeto a la existencia del poema, a su presencia como artefacto de sensibilidad, conjunción y desnudamiento del lenguaje donde la palabra es piedra dispuesta a la talla del tiempo.

La poesía, esa potencia de la vida en sublevación, circula como un instante de epifanía, de revelación sin concesiones. Sin pedir licencia, pasa las aduanas de protección de un orden, pasa de contrabando, dice José Viñals, y esparce su veneno. ¿Por qué veneno? Porque todo lo demás puede ser horrible, espanto puro, mísera complacencia, pero inocuo. Ya Eliano se había preguntado si acaso el poeta no era un mezclador de venenos. Así, la poesía rebasa el territorio del poema y ambiciona sin imposiciones un espacio de la vida para retarla a ir a donde no se ha acercado, a la fragilidad de su límite. Fragilidad que al ser desconocida se acepta como férrea muralla.



¿Entonces cómo distinguir la poesía en el fragor de la vida impuesta, esa creencia que obliga a ver la costumbre como la referencia única?

Es curioso que al pretender resolver esta cuestión aparezcan variadas aproximaciones. Una de tantas consiste en indagar si la presencia de la poesía fuera del poema, o quizás en la sutil evidencia de que hay poemas sin escritura —acto puro—, corresponde y es recibido por quien el azar escoge.

Una mariposa de alas espesas y de color oscuro se posa en el hombro de una mujer pálida cuyas venas azulosas se ramifican en su piel sin sol. Es probable que ella esté desnuda por el sofoco del verano; o esté vestida sin importarle la estación. En algunos casos, la mujer se dará cuenta de la mariposa: la espantará o aceptará esa compañía fugaz, inesperada. En otros, el sobresalto domina y la mujer grita, se sacude, sin atreverse a darle una manotada.

¿Mera casualidad del verano? ¿Anuncio de una sorpresa? Algo se interrumpió. El equilibrio de los pensamientos de la mujer que flotaban sin atracción en una deriva sin diques ni canales. Acaso habrá un espejo que recoge el resplandor nítido de la estación y allí se refugia la imagen. Acaso ella la verá y se preguntará por el significado de la mariposa en su hombro descubierto, su leve brote de sudor dulce y los vellos casi invisibles como estambres dorados. Y la contraventana con las láminas de persiana sostenida a la pared exterior por las aldabas, y la ventana a medio abrir por donde entró la mariposa muestra en sus vidrios reflejos casi desvanecidos, la espalda de la mujer, unas hojas del árbol afuera.

Es probable que alguien desde fuera, encaramado en un árbol donde canta, o un cazador de mariposas, mire a la mujer con la mariposa posada como halcón peregrino pero nunca amaestrada, apenas allí. Ese alguien se entregará a un encantamiento desconocido. No emana del cuerpo femenino desnudo; o de la mujer vestida; o del espejo; o de la mariposa; pero los implica. Alguien sentirá el impulso de pintarlo. A alguien alguna vez se le impondrá el poema: la fuente se confunde con la sed saciada que no tendrá nombre en su satisfacción. Alguien será visitado por esa imagen que cada vez lo inquietará por su enigma. Así desliza su existencia precaria esa conjunción. Apenas rumor, aliento de frases sin palabra todavía.

Apegados a la letra, a las acepciones, al significado lato de la acción, a su tenor literal, se verifica una ausencia: nadie celebra de manera pública; nadie escenifica una parte de una obra. ¿Cómo concurren a la formación de este resultado que tiene probabilidades de suceder desapercibido?

¿Qué hay entonces en la imagen descrita, en su escenario sin deliberación, que lo asemeja a una puesta en escena?



Allí habrá, si alguien lo contempla, un ordenamiento distinto de elementos del mundo; una suspensión de lo disperso; y todo sin finalidad inmediata, sin utilidad también.

Excluida la voluntad que no siempre precede al poema, suelto al golpe de dados y preservando su origen sobre el cual los poetas por lo regular responden con una forzada expresión que no hace más que aumentar y esconder las capas de su misterio o su imposibilidad de conocimiento, no por impericia ni mistificación sino porque no es objeto de tal, se erige como un talismán del lenguaje que revela un más allá intangible que deja entrever al ser humano algo más que su diaria condición de insensible miseria.

Desde antes de los surrealistas y con ellos, con Cardoza y Aragón, se hicieron acercamientos a una descripción de la poesía que al plasmarla implicaba una acción. Para el conde de Lautréamont se trataba del encuentro de un paraguas y el vómito de una araña sobre un mesón de disecciones. Para los surrealistas su acto por excelencia consistía en disparar un revólver sobre una multitud desde una azotea. El poeta guatemalteco le encuentra a la poesía virtudes para intervenir en el hacer cotidiano.

Así, si la poesía se condensa para ser fuera del poema y sin dominio del poeta, parecería requerir de este para su acogida, recepción y reconocimiento. A menos que un sujeto distinto al poeta sea tocado por la extrañeza, la inquietud, que en algunos casos causa el rompimiento de la normalidad o la suspensión de lo previsible.

Podría haber una conjetura más: un imán inesperado atrae y dispone. Así, la mujer desnuda o vestida, la mariposa, la ventana, el espejo: están un instante. Y a lo mejor su única instancia de existir y perdurar es la escritura. Los objetos de Lautréamont que encuentran el mesón de disecciones y allí se reúnen estarán para siempre en la poesía de Maldoror.

Igual puede ocurrir con los disparos de revólver encima de la multitud. Cuando los surrealistas postularon esto como su idea poética fundamental no era tan corriente esa forma de matar que deslinda identidades y desaparece un motivo que vincule a la víctima y al victimario. La noción de poesía aquí apenas es pensable si se logra aprehender algo que puede estar invisible, entre el desvarío y la muerte. El matador destruye la vida ajena para afirmar la propia. ¿Por qué? El asunto requerirá el reclamo de Antonin Artaud quien, por cierto, se distanció del fundador del surrealismo, André Breton. Dice Artaud: «¿Quiere decir esto que el funcionamiento normal de la mente debe consistir en una servil imitación de lo dado, y que pensar no es sino reproducir? Yo no lo creo; hay que escoger lo que uno quiere “entregar”—y que sea siempre algo no solamente definido, no solamente cognoscible, sino, también, desconocido». Sí, en buscar ese desconocido puede estar alguna clave para entrar a un territorio inexplorado.



Entre tanto no estará mal sonreír con la humorada de Alfred Hitchcock en su magnífico filme *La ventana indiscreta*: nadie ha inventado aún la forma cortés de matar.

Cardoza y Aragón, con su visión estrenada para las apariciones sigilosas, desentraña la poesía en las humaredas transparentes de la cocina. Ahí surge algo que al ser atendido embellece la elemental repetición o deja entrever una palpitación que ha sido escamoteada por la costumbre y su muro de confiada desidia.

Lo que puede quedar de estas aproximaciones aún sin fronteras, de cartografía difusa, lo intuye, otra vez Lautréamont: “[...] hasta que despierta y advierte que la realidad es tres veces peor que el sueño”.

Es probable que estas incertidumbres tengan una anticipación en unas líneas de Rimbaud: “La poesía dejará de acompañar la acción; irá *por delante* de ella”. Esto será perceptible de manera colectiva cuando ocurra aquella petición del Conde: la poesía debe ser hecha por todos. No por uno.

¿Cómo participar?

Es indudable que la ocurrencia entre el lector del poema y el poema es distinta a la del poeta-autor. La lectura, si es que la poesía se lee, propicia algo que será distinto para cada lector y de repente nuevo cada vez que se abre el poema y se vuelve a él. ¿Será esta una manera del acto poético diferente al acto poético que produce el poema?

En cualquier caso, el empeño de hacer toda la poesía corresponde en primer término a quienes ya la hacen, los poetas. No es encomienda fácil. Entre las reglas del arte pervive aquella de Gaspar de la Noche: monsieur Séraphin nunca le explicó el mecanismo de sus sombras chinescas y Polichinela oculta a la multitud curiosa el hilo conductor de su brazo.

En la vida diaria estarán los poemas; la mujer, la mariposa, el espejo, la ventana. Destinados a alguien. Ofreciendo algo que se resiste a ser develado, como aquel encuentro en la lluvia: una vez la inconciencia de la ira guio mi arrebató a arrancar la lámpara de la mesa y de la toma de energía. La arrojé con rabia por la ventana abierta del tercer piso a la lluvia de hilos gruesos que parecían celofán limpio contra el gris del cielo y el aire. Ascendió hasta donde la llevó mi impulso, se detuvo y antes de empezar el descenso, por su peso, se encendió.

Aquí comienza entonces el campo inexplorado. Intuye René Char: “En el estado actual del mundo, alargamos una vela de sangre / intacta por encima de lo real y dormimos fuera del sueño”.



